



COMISION HONORARIA ADMINISTRADORA
PARQUE NACIONAL DE SANTA TERESA (ROCHA)

ALGUNAS PAGINAS
DE SU
LIBRO DE HONOR

MONTEVIDEO
IMPRESORA REX S. A.
1963



INDICE

Breve Proemio, por el Presidente de la Comisión y Director Honorario del Parque, Sr. Horacio Arredondo	3
Transcripción del Mensaje a la Asamblea General del 18 de febrero de 1921 hecha por el Dr. Baltasar Brum	6
"EL CORAZON DE PIEDRA DE LA SIRENA" (argumento para poetas y pronistas) por el Dr. Baltasar Brum	7
"PIEDRAS AUGUSTAS" poema, por el Dr. José María Delgado	16
"LOS MURCIELAGOS" por "Vistor Ignotus (seudónimo de Baltasar Brum)	19
"DESDE LAS MISIONES A ROCHA" por Carlos M. Cantú	22
"MARAVILLAS" por Víctor Pérez Petit	34
"LA LAGUNA NEGRA" por Montiel Ballesteros	42
"LA LEYENDA DEL HIGUERON" por el Dr. Dardo Regules	43
"NARRACION SOBRE SANTA TERESA" por Miguel Víctor Martínez	44



BREVE PROEMIO

En los primeros días del año 1933, ya en funciones la segunda Comisión Honoraria, que fue la que llevó a cabo la fundación de los parques y lo fundamental de la reconstrucción de los fuertes —integrada desde el principio al fin por el que estas líneas escribe y por el General Arquitecto Alfredo Baldomir, y, al comienzo, por breve tiempo, por el arquitecto Fernando Capurro que fue subrogado, muy al final, por el General Arquitecto Alfredo R. Campos— (1) propuse y obtuve de ella la anuencia necesaria para colocar en la fortaleza de Santa Teresa un Libro de Registro de Firmas de visitantes, en los cuales —siguiendo una costumbre tradicional en muchos monumentos históricos de América y de Europa— quedaran consignadas esas visitas.

Así se hizo por bastante tiempo, en que ascendiendo los escasos visitantes de las primeras horas a varios miles anuales, se hizo necesario su suspensión por dificultades que espero en breve se superarán. Estimo que debe continuarse esa práctica, pues a más de la satisfacción que le procuran a muchos de los que firman, constituye una contribución estadística informativa para apreciar los altibajos que pueden producirse en la frecuentación pública del monumento histórico.

Pero, el destino quiso darle otra misión, y fue el deseo de muchos visitantes que no se conformaron con estampar su firma y la fecha de la rúbrica, y solicitaron autorización para consignar las impresiones recibidas, deseo al cual, como no podía ser de otra manera, se accedió.

Hoy, con la autorización de la actual Comisión Honoraria de Conservación, integrada por el Agrimensor Alberto Reyes Thevenet, el Arquitecto Edmundo Mainero y presidida por el que suscribe, obtuve la licencia necesaria para insertar algunas de las impresiones de marcado corte literario, excluyendo, naturalmente, todo lo laudatorio

(1) Para mayores detalles ver mis libros "El fuerte de Santa Teresa", segunda edición corregida y aumentada de 1963 y "Santa Teresa y San Miguel. La restauración de las fortalezas. La formación de los parques", impreso también en Montevideo, pero en 1958.



a la tarea de los reconstructores por razones obvias que fácilmente se explican, impresas en folleto en edición de mil ejemplares.

Dejo constancia que obran, debidamente encuadernada en el archivo de la Comisión Honoraria de Administración y Conservación, centenares de hojas firmadas ante de que, provisoriamente, se cerrara este registro por los motivos ocasionales que precedentemente se han expresado.

Se ha, prácticamente, transformado en Libro de Honor este que fue Libro de Registro de Firmas, que abierto, a mi solicitud por el ciudadano que tenía pleno derecho para hacerlo, por el Dr. Baltasar Brum, compatriota tan idealista como eminente que dedicó su vida por entero al servicio del país al que la rindió, en un voluntario homenaje impulsado por su íntimo y purísimo sentir. Desempeñando la primer magistratura de la República, propició la idea que le sugiriera de restaurar los fuertes de Santa Teresa y de San Miguel, erigiendo en contorno del primero un parque exótico que detuviera el inexorable avance de las arenas que ya comenzaban a cubrirlo, y engarzando a la pequeña joya que es el segundo, en otro, enteramente nativista, integrado por las especies forestales que se dispersan por el país, haciendo de él un arboretum, hermoséandolo y beneficiándolo con lo mucho que contribuye a su explotación remunerativa.

El primero, lo formarían especies forestales pertenecientes a la flora mundial con posibilidades de adaptación al medio inhóspito — arena, greda y aires marinos fuertemente lodados que habían transformado la región, al decir de un gran naturalista francés, — Adolfo de Sainte Hilaire, que la visitara en 1821 — en "uno de los lugares más tristes del mundo"; y el segundo, radicalmente distinto, completamente autóctono, nuestro, integralmente uruguayo — agruparía también la avifauna nativa, las variedades zoológicas subsistentes de la nación y unos seleccionados plantíeles de los más representativos foráneos que desde hace tres siglos han constituido y constituyen el cimiento de la economía del país: los equinos, los vacunos y los ovinos.

Y es así, que felizmente realizado ese programa al cabo de cuarenta años de tesonera e ininterrumpida tarea, el observador de hoy podrá ver en él el caballo, la vaca y la oveja en sus aspectos primitivos y, quien sepa, de esta suerte lo que son ganados, podrá apreciar el adelanto habido en nuestra ganadería, merced al tenaz y cortero esfuerzo silencioso de nuestro poblador rural, que la han colocado, hipótesis, en una de las mejores del mundo.



Se ha trabajado con directivas fijas desde el principio, invariables, trazadas en un razonado plan para desarrollarlo por etapas, con método, sin apresuramiento; y en lo que se refiere a ambos parques, también con el doble propósito de la saneada evocación histórica junto a la atracción turística, conservando, completo, donde se pudo, el paisaje nacional auténtico, para deleite de estetas e inspiración de poetas y prosistas, sin olvidar las características de la arquitectura patricia, desde la pulperia, la tranquera, la portera de corralito, el rancho de adobe o de palo a pique, hasta la construcción de firme, faltando solo la vieja estancia de azotea con su alertado mirador, aun sin hacer por falta de lo indispensable —dinero— y a más, un diminuto Museo Nativista, y otro, también mínimo, militar.

Y todo, creo innecesario decirlo pero si recordarlo para propia satisfacción, obra nacional integral, creada por el aporte de toda la ciudadanía, sin intervención interesada de las parcialidades que forman el mapa político de la República, hombres del pueblo, integrantes de las altas esferas intelectuales y políticas, civiles y militares, sacerdotes y profesionales, artesanos, obreros, toda la representación heterogénea y compacta que en los pasados tiempos, en embrión, sirvió a Artigas para crear la base de la orientalidad, y que hoy venera su memoria en estos parques con particular unción.

Y en homenaje de nuestro gran caudillo, bajo la bandera nacional y la enseña del Protector, los dos monumentos militares que tipificaron la materialidad del dominio hispano, que le fuera contrario y que él dominó, se muestran hoy a las miradas del hombre caminador, pacíficas y acogedoras, como deberán siempre ser, con sumarísimas inscripciones aclaratorias de su pasado histórico pléctorico de cordialidad.

Montevideo, 1962, año del bicentenario de la fundación de Santa Teresa.

Horacio Arróndano



MENSAJE A LA ASAMBLEA GENERAL, DEL 18 DE FEBRERO DE 1921

"El 18 de febrero de 1921 dirigí un mensaje a la Asamblea General, acompañando un proyecto firmado por el Ministro de Guerra General Buquet, que decía lo siguiente: "Tengo el agrado de solicitar la aprobación de V. H. para el adjunto proyecto de los que declaro comprendido entre los que motivaron la convocatoria a reuniones extraordinarias, por el cual se invierte la cantidad de cuarenta y cinco mil pesos, en tres cuotas de quince mil pesos cada una, en la ejecución de las obras necesarias para conservar y restaurar la Fortaleza de Santa Teresa.

En la visita que realicé a dicho Fuerte en el año último, pude comprobar que, además de su gran importancia histórica, merece cuidarse por un alto valor arquitectónico, y con poco sacrificio, podrían realizarse allí obras de conservación y restauración que aseguraran su existencia para los siglos venideros. A ese efecto comisioné al señor Horacio Arredondo (hijo), que se ha especializado en el estudio de la Fortaleza, y al arquitecto don Fernando Capurro, para que proyectaran las obras necesarias para la restauración del Fuerte, obras que serán ejecutadas con los elementos del Ejército. Los señores Arredondo y Capurro dieron cima a sus estudios en la forma que se detallan en los documentos anexos. — Creo que éstos son suficientemente explicativos de las obras que indico en el proyecto adjunto y que no dudo, merecerá la correspondiente aprobación respectiva.

Transcurrieron varios años, y como las "ideas tienden a realizarse" la patriótica tenacidad del señor Arredondo venció la inercia parlamentaria como la Fortaleza había resistido a casi un siglo de abandono, hoy, ocho años después, ratifico los conceptos de mi mensaje, transcribiéndolo en esta primera edición del álbum"

Fortaleza de Santa Teresa, abril de 1929.

Baltasar Brum.



EL CORAZON DE PIEDRA DE LA SIRENA

Argumento para poetas y prosistas.

"Una mañana de abril, cabalgando por la playa, advertimos la presencia de un pescador en las rocas del Cerro Verde de la Coronilla.

"Debe ser el vagabundo del mar", dijo Arredondo, personaje un tanto fantástico, sin domicilio conocido, que recorre las costas oceánicas del Uruguay y del Río Grande del Sur, recogiendo mariscos y caracoles para permutar en los vecindarios, sus productos alimenticios.

Arredondo no lo conocía, ni estaba seguro de que existiera. Su relato despertó la natural curiosidad de Blanca y de su madre ⁽¹⁾ que nos incitaron a conversar con el pescador. Nos acercamos y lo vimos inclinado, a su alrededor yacían primicias del mar, mejillones, muermos, almejas, hermosos caracoles, —contemplando como si mirara la propia imagen, el agua que bañaba las rocas. Miraba, alma enamorada de la belleza, sin duda alguna, anémonas de maravillosos colores. Interrumpimos su éxtasis con cordiales saludos y nos congratamos su buena voluntad al ofrecerle cigarros y golosinas.

Cuenta Heine que un viajero encontró en las regiones polares a Júpiter, decrepito, acompañado de un águila, también envejecida. El pescador es muy viejo, de una vejez infinita y su presencia, asociándose el recuerdo del Júpiter de Heine, me hizo pensar en un Neptuno destrozado y perseguido.

Como no es tímido, ni huraño, bien pronto conversábamos en ruidosa amistosa, sentados sobre las rocas, con el océano por frente y el Cerro Verde por fondo. ⁽²⁾

(1) Blanca Frías, su esposa.

(2) O de los Lobos, es alta punta o cerrezuelo precisamente la que limita el puerto natural de la Coronilla hacia el sur.

Verde, porque este promontorio pedregoso, disponiendo de bastante tierra negra, tiene vegetación de pastos permanentemente verdes que contrastan con



Nos contó que su padre, marinero griego desembarcado en estas playas no sabe cuando ni por qué causa, se casó con una india pura de la tribu de los Arachanes. Sus padres le enseñaron "cosas" de indios, de conquistadores, de gauchos; le revelaron algunos misterios del Lago Negro, (2) de las lagunas, de los bañados, de las islas, de los árboles, de las peñas y le contaron la vida de los animales salvajes —pumas, jaguares— y de las haciendas baguales. Hombre, peleó contra los extranjeros y en las contiendas fratricidas. Fue animoso un tiempo; pero el desengaño lo venció. Cansado de vegetar en el interior, atraído hacia el mar por una fuerza invencible, que naciera, quizás, de sus recuerdos filiales, se dedicó a la vida "sin señor". Conoce muchos secretos del Océano descubiertos en largas observaciones o reveladas por su padre Philomythes, que nunca pudo alejarse de las costas.

Toda la mañana habló el vagabundo, mientras, nerviosamente, tomábamos apuntes para fijar sus relatos y transmitirlos a quienes deseen embellecerlos con la prosa, la poesía, la pintura o las artes plásticas. El Cerro Verde recibe su denominación de las gramíneas que lo cubre convirtiéndolo en pequeño oasis de una extensión de más de dos mil hectáreas de dunas. En presencia del vagabundo comentamos la conveniencia de utilizar las semillas de sus pasturas para la lucha con los médanos. "No sirven, señores, nos interrumpió, son muy verdes, —en las dunas solo crecen plantas pálidas,— y no están destinadas a germinar en las arenas, sino a detenerlas delante del corazón vivo de este Cerro, según me lo contó mi padre, el griego. Los espíritus

las otras puntas o mal llamados "cerros" de ese litoral atlántico, pedregosos y cubiertos de arena, sin vegetación de consiguiente.

De los Loberos, pues antiguamente solían acampar en él cazadores de lobos marinos —no obstante la prohibición de la ley que reserva su explotación al Estado por sí, o por concesionarios— siendo el lugar densamente poblado por estos anfibios que —indudablemente por motivos de tranquilidad— se concentran en la frontera isla de la Coronilla.

(2) Laguna Negra —la Oolmá de los pobladores autóctonos— vez guaraní equivalente a negro, oscuro, etc.

También conocida en la vieja cartografía regional por del Palmar —por el de Castillos limítrofe, de los Difuntos—, por existir presuntas sepulturas indígenas en los cerros fronteros de Navarro, (al occidente), versión hoy casi desechada pues se estima que los montones de grutas piedras artificialmente colocadas en ciertas partes planas de sus cumbres, tenían otra finalidad, hipótesis también aplicadas a los similares agrupamientos de piedras sueltas que se ven en las iguales cumbres planas del cerro de las Animas, en Maldonado, de las pambas, de Sepulturas, etc., en otros puntos del país.



elementales, me dijo, que poblaban los mares y tierras del viejo mundo, cuando triunfó allá, el cristianismo, emigraron a este continente donde vivieron tranquilos durante varios siglos, hasta presentir que iba a ser descubierto por los cristianos. Cuando esto ocurriera, quedarían privados del único lugar en que podrían vivir en libertad, porque, amantes de la belleza y de la paz, se rehusaban a combatir, tal vez infructuosamente, a los Dioses humanos. Una gran asamblea de espíritus elementales del mar y de la tierra decidió la mutación general, en formas recordatorias de sus pasiones hasta la resurrección que se efectuará en el connubio del amor con la luz. Unco, los terrestres, se refugiaron en las flores, en los árboles, peñas, en las aves, insectos, animales; otras, las marinas, en las costas, cabos, puntas, arrecifes, algas, anémonas, en caracoles, lobos y delfines.

Cinco Sirenas, Caahaté, Maci, Manipeya, Cufitai y Alúa, que vivían en estos mares, se transformaron, respectivamente, en el Cerro Verde, y en las puntas de la Fortaleza (4), de Osorio (5), del Nau-

(4) O "Cerro de la Moza". Por curioso bautizo vernáculo, en la costa completamente arenosa de la región, los nativos llaman "cerros", a las puntas, indudablemente porque son pedregosas contrastando con el panorama circundante de plenos médanos, ahora, buena parte de ellos, en proceso de fijación por plantaciones forestales adecuadas.

Esta designación toponímica "de la Moza", proviene de principios del siglo, por 1910 quizá, teniendo la versión de un antiguo vecino del lugar con residencia en el Chuy, tronco de una respetable familia del lugar representada por don Silvio Fouatti. Su señor padre, hace tiempo fallecido, como Jefe de Paz del lugar, intervino como tal al aparecer en la playa inmediata al N.E. de esta punta de la Fortaleza, el cadáver desnudo de una mujer joven y hermosa, sin cabeza y con un gran peso atado con alambre a los pies.

La imaginación popular tejó todas las historias que son de suponer, pero la lógica indica que era una pasajera de un barco de lento andar —una inmigrante posiblemente— que falleció en el viaje lejos de puerto, fue arrojada al mar como es de práctica; y que un tiburón, de los muchísimos que infestan esas aguas, pero felizmente alejados de las playas, hambriento y voraz, la desmembró.

(5) O "cerro" Chato, conocido como tal por los vecinos, por ser bajo, excelente pesquero como todos los otros.

Buen trazo de resumir en este accidente geográfico, el recuerdo del infortunado coronel portugués Tomás Luis Osorio que la fundara cumpliendo órdenes de su gobierno. Osorio, tomó posesión de la zona —entonces La Angostura de Camilho—, el 15 de Octubre de 1782, y el 8 de Diciembre siguiente —día de Santa Bárbara, patrona de los Artilleros— "colocó la piedra fundamental con todo el fausto militar" comunicó a su superior el conde de Bobadela, virrey de Brasil, que falleciera por esos tiempos, el 1 de Enero en Rio, diócese por la pérdida de la Colonia del Sacramento reconquistada por España.



fragio (*) y de la Peña Árida (†). Mantendré ahora el secreto de la mutación de Manipeya y de Guñatai, revelándooos, en cambio, el de las otras.

Caaibaté, amada por los vientos Sur y Norte, correspondió a aquel, desdichado al segundo. Metamorfoscada en el Cerro Verde, sufre el eterno rigor del Norte, despechado, que, con el auxilio del Levante y del Occidente, proveedores de arenas, la aísla de la tierra, intentando cubrirla con sus dunas. Lo evita el Sur al hacer circular, con la caricia de su soplo salino, la savia emanada del corazón de la Sirena para dar vida a la vegetación de primoroso verdor que le recubre en una defensa triunfal del amor sobre el odio.

El Norte, desdichado por Caaibaté, mereció en cambio, el amor de Maci y para resaltar su pasión, al mismo tiempo que su rencor a la esquivo, rodea a su amada de un verde lozano extendido de los costeros al Océano.

Alúa, convertida en la peña Árida con el busto tierra adentro y la cola al mar, es muy desdichada. Nadie la ama y el odio aleja la vida de su lado. Sirena de singular belleza, muy coqueta y muy femenina, inflamó el corazón del Este, jurándole amor eterno. Cuando se solazaba en la playa con su amado, los caracoles sonaban: "Alúa ama al Oriente". Tenía, sin saberlo, doble corazón y si uno prometía fidelidad infinita al Este, el otro, igualmente sincero, brindaba el mismo culto al Poniente y es así que cuando recibía sus caricias, los caracoles indiscretos, pregonaban "La Sirena Alúa ama al Oeste".

fuera su protector y amigo. (Hoy una plaza recuerda el bicentenario, colocada en la plaza de armas).

Tomada por el general español Pedro de Cevallos el 19 de abril de 1763 por asalto seguido de rendición, terminada la guerra, Osorio fue devuelto con los demás prisioneros. A poco, ya en Lisboa, fue acusado de ocultar a un jesuita secularizado —estos habían sido expulsados de todas las posesiones portuguesas— y abierto el juicio, se vió complicado con la rendición del fuerte, condenándosele a morir en la horca no obstante su alicurnia y sus servicios. Su esposa solicitó la suspensión de la pena embarcándose para el Brasil en busca de las pruebas de su inocencia. Resultó vano el esfuerzo de Osorio que viéndose perdido solicitó que se le ejecutara de otra manera y fue ahorcado. A los pocos días su compañera volvió con las pruebas de su inocencia; y a su vista la "Justicia", insertó en las esquinas de Lisboa un bando noticiando a sus lectores que la muerte ignominiosa sufrida por Osorio no tramitaba infamia a sus descendientes...

(*) Actualmente, del Barco, donde naufragara hace unos treinta años el carguero inglés "Harbide", perdiéndose por completo.

(†) O cerro Árido, imposta por el Dr. Brum al crear esta leyenda del "Corazón de piedra de la sirena", pero hoy, de acuerdo con ella, ha desaparecido, pues ya está cubierta de vegetación como lo insinuara ya.

E ilustra sobre el particular —ad como de otro detalle de la historia de las comunicaciones, insertas en la nota subiguiente.

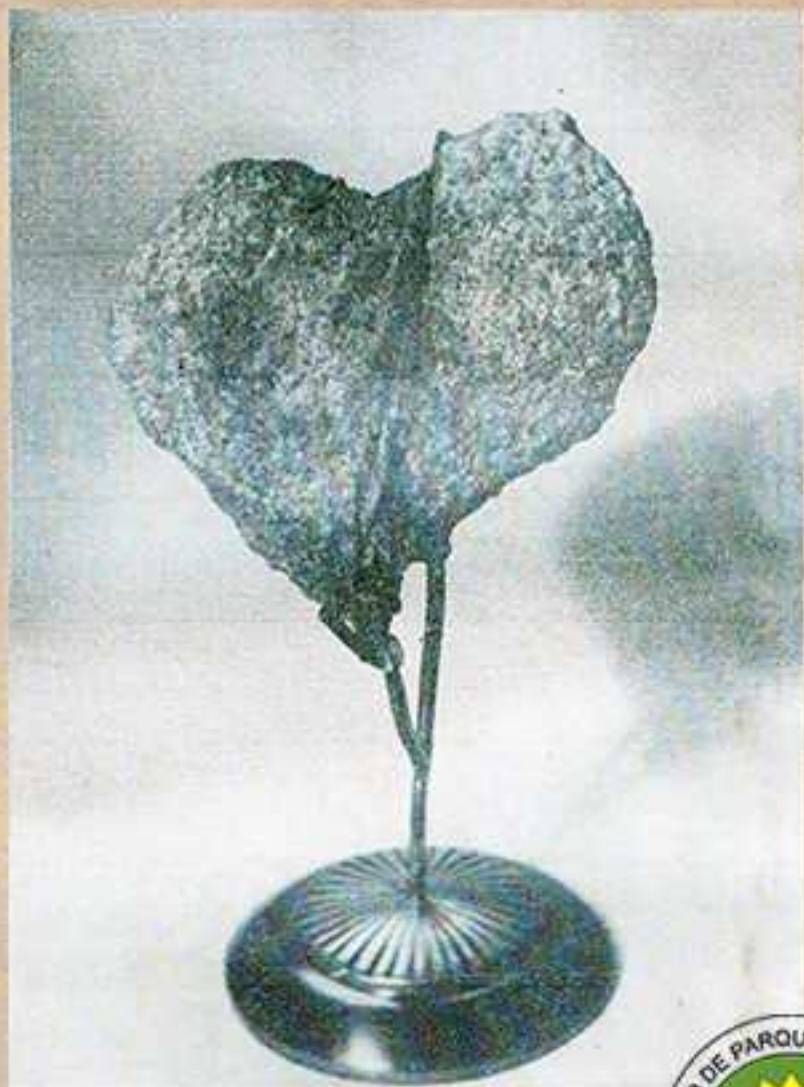


Tanto sonaron los caracoles sus proclamas contradictorias que el Este y el Poniente conocieron la reciproca infidelidad, denominandola "Sirena con corazón de piedra". Fue metamorfoseada en la Peña Arida que sufre, alternativamente, los embates furiosos del Oriente y del Oeste y su corazón de piedra no mana la savia vital de la vegetación, incapaz, por otra parte, de prosperar ante los azotes del Levante y del Poniente. Las Hadas sabían, sin embargo, que Alúa no era culpable porque tenía un corazón dividido en dos partes, resultaba sincera en su duplo amor, y al mutarla en la Peña Arida, decretaron: Un día se descubrirá el misterio del corazón de la Sirena y entonces sus despechados amantes, reconociendo la fatal veracidad de sus juramentos, apaciguarán sus rencores sin extinguirlos. El humus sustituirá al corazón de piedra y la vida se desarrollará en la Peña Arida hasta convertirla en la Peña Fecunda. Sus amados, sucesivamente la acariciarán y también, algunas veces, cediendo a los celos retrospectivos, la azotarán sin extinguir la vida que brota de su seno.

Varias veces intenté cumplir el decreto de las Hadas por el descubrimiento del corazón de piedra. Primero en 1920 cuando sentí la aproximación de una nueva era para estas regiones, luego, el año último, en esta fecha, fracasé nuevamente. Se renueva en mí, como en 1920, el extraño presentimiento de que va a sonar la hora de la revelación del misterio del corazón de la Sirena para reconciliarla con el Este, el Oeste, presintiéndolo, por la disminución de sus rigores, embellecerse con la vida vegetal, cuyo color evoca las aguas marinas, en que antes habitara. Vayan, sigan en la roca una estratificación del Este y otra procedente del Oeste, tantén, luego, en el granito hasta que suene a hueco y si esto ocurre, allí encontrarán el duro corazón de Alúa que, extraído, deberá exponerse un día al viento del Este y otro al del Poniente".

Avidos de curiosidad, a la mañana siguiente, nos encaminamos a la Peña Arida. Nos fue fácil encontrar los fallos de la roca convergentes del Levante y del Oeste. Después de prolongados cateos como al golpe del martillo, el granito sonara en falso, llenos de emoción, lo horadamos apareciendo en una greda el corazón de piedra sostenido, como único punto de apoyo, por una estratificación que lo cruzaba al medio. Lo extrajimos con esmero y reemplazándolo por el humus, tapiamos el hueco. Cumpliendo el rito prescripto consagramos el corazón de piedra de Alúa durante una jornada a la brisa del Este y otra a la del Oeste. El corazón de piedra fotografiado más tarde por Blüxen Flores, tiene esta forma:





Horacio A.



Blanca hizo "engarzar" el corazón de piedra por la estratificación para mantenerlo tal como fue hallado, y prometimos a Arredondo legarlo algún día, al Museo de la Fortaleza. (*) Se cumplió

(*) Un sobrino de Baltasar Brum —desaparecido éste en trágico y voluntario holocausto de su vida tras un ideal como ya anotara— cumplió sus deseos. Y este bello gesto, dió oportunidad al envío de las notas que siguen.

Montevideo, Mayo 26 de 1961.

Señor don Joaquín Brum Requena,
Buenos Aires.

Mi estimado amigo:

Por separado, me complazco en adjuntarle la nota oficial que en mi carácter de Presidente de la Comisión Administradora Honoraria de Santa Teresa, le envío acusándole recibo y agradeciendo la donación que para el Museo de la Fortaleza hace de la piedra natural que, en forma de corazón, fue hallada en el área del actual Parque y que dió mérito para que su ilustre tío, el Dr. Baltasar Brum, creara una leyenda titulada "el corazón de piedra de la sirena". Al aprovechar la oportunidad para renovar mis sentimientos personales con motivo de este hermoso gesto, me voy a permitir consignarle alguna noticia más, prácticamente inédita, sobre la actuación de Brum en sus andanzas por Santa Teresa.

Ud., por manifestaciones de familia, debe estar al tanto de la amistad con que su tío me honró no obstante discrepar con él en algunas de sus orientaciones políticas, principalmente con la implantación del gobierno ejecutivo colegiado. Esa distinta manera de pensar jamás fue obstáculo para que no me distinguiera, ofreciéndome, espontáneamente, la oportunidad para ser diplomático, político, etc. y ayudándome de todas maneras, y decisivamente, para tornar en realidad mi ideal de restaurar las fortalezas de Santa Teresa y de San Miguel, y formar en derredor de ellas amplios parques públicos. Todo esto lo he consignado siempre, agradecido, principalmente en mi libro "Santa Teresa y San Miguel: La restauración de los fuertes; la formación de los parques", publicado en los tomos XIII y XIV de la revista de la Sociedad Amigos de la Arqueología, y de la cual hice una separata a mi costo, hoy completamente agotada, contenida en un volumen de más de 600 páginas.

Pero en esa mi obra, de las últimas, faltan muchas cosas y, entre ellas, una anécdota un tanto íntima de la que deseo hacerle partícipe pues esclarece una denominación de la actual nomenclatura que me interesa se conozca y perdure.

Cuando el Estado nos entregó la fortaleza, lo fue con un poco más de cien hectáreas. (Hoy tiene varios miles). Más de una vez con su tío fué ella, y en los primeros dos viajes, largos, plenos de privaciones —el viaje sólo llegaba a San Carlos—, la estada en el fuerte era precaria y

Habla examinado la titulación de las tierras linderas y, ya entonces, había advertido la deficiencia de los títulos que poseía más de él. Al Norte teníamos un litigio que venía de la época de la Administra-



el decreto de las Hadas. La Sirena Alúa ha sido "comprendida" por sus amantes Este y Oeste y ya puede circular la savia en su seno. Es-

que cuestionaba contra el Estado el Dr. Juan Andrés Ramírez y el Dr. Jacinto Casaravilla; al Oeste bañados escriturados por el Estado a particulares (Ingenieros Lamolle y Andreoni) como tierras "desecadas", asunto defendido por el Dr. Luis Varela; al Este, sin llos, porque el colindante es el océano; y al Sud, otro litigio: el de la sucesión Grauert. Basándome en mi interés por Santa Teresa, la incité a estudiar el punto, toda vez que en esos momentos no desempeñaba cargo público alguno y, sin titubear, aceptó. Mucho podría agregar a este respecto, pero concretándome a lo que le deseo informar, le diré lo siguiente.

Una tarde salimos a recorrer a caballo los predios linderos —aún no había alambrados...—, y ascendiendo a una altura que domina una extensa porción de la región, más o menos dije: "Este cerro no está en la propiedad saneada de Leonel y Wilfredo Aguirre y de Antonio Illarraz; está en la cuestionada de la sucesión Grauert. Si Vd. consigue que vuelvan estas tierras al dominio de su legítimo dueño, el Estado, si está en mi mano lograrlo, este cerro llevará su nombre". "Déjese de historias", me dijo a la vez que seguíamos al trote y, mirándolo, vi que una sonrisa de satisfacción se insinuaba en su rostro. Nunca más volvimos a hablar del asunto. Intervino. La parte de los Grauert la defendía el estudio del Dr. Gabriel Terra, representado por Mateo Márquez Castro. (Vea que "nemes" teníamos en derredor de Santa Teresa). Ganó el pleito representando al Estado a propuesta de nuestra Comisión. El tercero fue aquel magistrado integérrimo que fuera el Dr. Ezequiel Pérez que lo acompañó. Su tío, reiteradamente insistido, no quiso cobrar ni los gastos... Si hubiera vivido, tengo la certeza que el bañado de Santa Teresa sería hoy del Parque, y que el pleito con la sucesión Acosta-Ramírez-Casaravilla —sin terminar aunque prácticamente liquidado en contra— hubiera tenido buen fin para el Fisco.

Hace un par de años, como Director Honorario del parque y presidiendo la Comisión, con su anuencia, urbanicé el cerro. Hice un camino de acceso y, en la plana eminencia, un amplio canchero elíptico, forestado, limita el camino que lo circunda, presentando al que lo recorre, un panorama espléndido, pues muestra nitidamente, todas las perspectivas hacia los cuatro puntos del cuadrante. En la nomenclatura del Parque esa eminencia la hice individualizar como el **Mirador natural**, como indica el letrero que guía al turista invitándolo a que ascienda. El espacio central elíptico está recién plantado; cuando dé sombra, desde todo él se podrán ver unas vistas maravillosas y, en su centro, un letrero informa: Cerro Baltasar Braun, inciso en madera pero que se hará en piedra.

Vd. cumplió; yo también.

Siempre recuerdo cuando Vd. me acompañó, con Figueroa, antes de irse a Buenos Aires, en la Secretaría de la Sociedad de Arqueología que desde entonces presido por sucesivas generosas reelecciones de los buenos compañeros, y en la que siempre estoy a sus órdenes.

Y exauzo reiterarle los votos de felicidad que, telegráficamente, le formulé en ocasión de su casamiento expresando su visita y la de la señora en esta casa, en Bulevar Artigas 1203.

Cordialmente, su invariable amigo

Horacio Ar



pero, ahora, la cooperación del hombre para alimentar una vegetación tan bella como la de Caibaté, que transforme la Piedra Arida en la Peña Fecunda.

Montevideo, Mayo 26 de 1961.

Señor don Joaquín Brum Requena

Presente.

De mi mayor estima:

De manos de su señor padre, el Dr. Alfeo Brum, he recibido en carácter de donación para el pequeño museo que se va formando en la Fortaleza de Santa Teresa, la pieza natural de forma de corazón, que hace años encontrara en el cerro Arido —hoy Parque Nacional de Santa Teresa— su tío, el Dr. Baltasar Brum.

Este hallazgo dió pie al mencionado ciudadano para escribir una acertada pieza literaria, in situ, creando una leyenda que pudiera servir "para argumento de poetas y prosistas", que tituló "El corazón de piedra de la sirena" que incorporó, autógrafa, en el Libro de Honor de la fortaleza, a cuyo final asentó, junto con su señora Blancas Nieves Frias, que la haría "engastar en plata", añadiendo textualmente "y le prometimos a Arredondo, donarla algún día al museo de la fortaleza".

Hoy Vd. se ha casado y recibió como obsequio de bodas de la expresada dama —según me informa su señor padre— el mencionado objeto que se apresura, en gesto que le honra, a cumplir los deseos de su tío que fue el primer hombre público de significación que poderosamente me ayudó a hacer realidad mi idea de restaurar la mencionada fortaleza y crear, en su torno, un gran parque forestal.

Dados estos antecedentes, fácilmente puede imaginar la satisfacción con que recibo esta pieza, ya valioso documento histórico, y la incorporo al museo que se va formando, agradeciendo este gesto desinteresado y patriótico con que Vd. se denota digno descendiente de aquel benemérito ciudadano, noble idealista, que fue el Dr. Baltasar Brum.

Y aprovecho la oportunidad para renovarle mis expresiones amistosas y para saludarlo muy atentamente.

Horacio Arredondo
Presidente de la Comisión

Hoy puedo agregar lo que complementa todo esto transcribiendo, en extracto, unos párrafos del "Plan anual de trabajos en el parque para 1963" que en ejecución de una disposición reglamentaria debo presentar a la Comisión Administradora en Noviembre de cada año:

Después del justificativo exordio de circunstancias, concretamente propuse la erección de una pequeña ermita formada, a manera de gruta sin acceso a lo interno, con los grandes bloques de piedra característicos del lugar donde fuera hallada, colocados con el menor vestigio posible de la mano humana, algo así como la gruta de Lourdes, pero en este caso sólo sería una ermita laica en que se recordaría una leyenda regional, plausible y acertada nota literaria.

Sería minúscula. Oscuro, en absoluto, su interior, pero por un ventanuco disimulado, convenientemente orientado, en los días claros, por él, la luz solar sobre el corazón de piedra de la sirena que se guardaría, que lo recibiría a medio día, el mayor tiempo posible sin sacarse.



Quando regresamos, jubilosos, para comunicarle la buena nueva, el Vagabundo del Mar había desaparecido. Quizás, arrastrado por un impulso invencible, haya seguido su ruta para revelar a otros hombres nuevos misterios de las costas oceánicas.

Fortaleza de Santa Teresa, abril 15 de 1930.

Baltasar Brum
Blanca Nieves Frijas de Brum.

riedad que debe cuidarse en lo posible predominie para obtener el mayor efecto lumínico. A estos fines, contándose en la Comisión con persona idónea, esta podría dar la exacta posición del sol a esos propósitos. La pequeña del ventanuco-hendidura no permitiría el acceso al interior a persona alguna, por pequeña que sea, dentro de lo posible, pues con esto se busca impedir su sustracción, siempre posible, pues no toda la gente que visita es mentalmente normal. La finura tendría la amplitud necesaria para permitir la suficiente luz para permitir la cómoda lectura de la copia auténtica del manuscrito original que, a la vista en copia facsimilar impresa, se ofrecería, bajo el corazón de la sirena, todo resguardado por vidrio triple armado sobre marcos de bronce de modo hermético, para prevenir la acción destructiva del salitre del vecino mar. La exposición sería a medio día, continua, incluso en los meses del verano, que son los más concurridos del parque.

Este detalle de la iluminación, me lo sugirió una antequísima realidad sudamericana. En el Cuzco, en el Templo del Sol, la luz de este, al amanecer, incidía sobre una representación en oro macho del astro rey tal como los incas lo concebían, que habían colocado expofoco, en homenaje, desaparecido desde la conquista por la barbarie de los conquistadores, destruido por ser una fealdad intocable para la cultura de aquellos tiempos de idolatría para ambas partes y por su valor intrínseco.

Y como esta idea hace muchos años que la tengo, como director del parque, hace más de veinte, dispuse las plantaciones forestales de ese yerbilimo lugar, de modo tal que permita la construcción de un rústico camino de irregular trazado sobre los médanos dominados, que conduzca al turista al lugar que interesa, que debe prolongarse un par de cientos de metros, de suerte de allegarlo a la vez a una exuberante playa que allí hay y a un renombrado pesquero con real. Con lo que así se tenga un doble regodeo: espiritual, por el material, el otro, complementario, creo sin duda alguna.

Esta propuesta fue acompañada en la sesión N° 320 celebrada el 2 de noviembre de 1962. Y veríamos de llevarla adelante, cosa que espero



PIEDRAS AUGUSTAS

Nada posee el lenguaje de la piedra,
El pájaro tiene todos los tonos del cristal.
El agua los del universo.
Así es dulce en el hilo de la cañada,
Tumultuosa como las sangres ebrias
Cuando la besan los peñascos,
Imponente en los ímpetus oceánicos...
y lo mismo el viento; a veces misericordia de Dios
Abanicando el sudor de las faenas y los caminos,
Penetrando en los bosques,
Como la música en las fiestas galantes,
Para que los árboles se reverencien;
A veces, toro de las tormentas, rugiendo cósmicas sinfonías...
y también el milagro de la voz en los hombres:
Hilo de cañada, junto al niño dormido, en el labio materno,
Númen fascinante en las adolescencias encendidas,
Nido de rayos en el apóstrofe...

Pero el pájaro, el agua, el viento y el hombre,
Tienen el son velcioso y breve
De todo lo que se mueve!
Solo la piedra grita por los siglos de los siglos,
Sólo en el seno austero de su serenidad
Vibra la lengua de la eternidad.

Cambian de cauce los ríos,
En flores de árboles seculares
Vuelven al asombro de la luz los ojos sepultos,
Giérranse las sombras sobre las tribus y los jaguares,
Claudican las vértebras de los montes,
El puñal de los rielos y los senderos
Hierde y amansa el recóndito corazón de las selvas,
Mudan su decorado paisajes y horizontes



y ellas quedan inmóviles como relicario de las razas
afirmando la victoria del hombre sobre el tiempo
y las almas que ruedan entre las ráfagas de la vida
Como el humo entre los remolinos,
se llegan junto a ellas
Sienten que todos sus vértigos se paran de pronto,
Que las fuerzas profundas de la tierra
Les tuercen las rodillas
y las recogen en lo más profundo del ser
Donde escuchamos, en los cantos de la sangre,
Las grandes voces del ayer...
¡Así vosotras, oh piedras de Santa Teresa!

Sobre vuestro muro, en barcos de luna,
A su transatlántica vega natal
Vosotras mirasteis partir las saudades
Del hijo de Portugal.

(Silban todavía las últimas flechas del indio).

Y alegre y enfático

os mojó con su vino de sangre y de sol
El Español.

(La entraña de América
Daba a luz un hijo: el gaucho centauro).

Y los vastos pulmones del suroeste
Os trajeron hasta los piés
El eco del vencido cañón inglés.

(Caían las primeras siembras de la Libertad).

Y durante épicos lustros genésicos
resonaron en vuestro pretil
Los bronces imperiales del Brasil.

(La patria era como un gérmen ciego
Que, en matriz de hierro, se gestaba al fuego).

Y heroicamente masculina,
Hermana nuestra en el coraje y el pagar,
Visteis a la gléba argentina
Hacia la muerte gaopar.



Cinco banderas de Europa y América
Codiciaron la cima de vuestras murallas,
Mas de veinte lustros, en lugar de lomas,
De bellos palmares y aguas infinitas,
Solo visteis rayos y humo de batallas.
Vosotros sentiais de modo indistinto
Suceder los años cambiar los idiomas
Trocar las banderas, en vuestros recintos.
Mas cuando a la patria, del crisol de hierro
Mirastéis surgir y, niña sin infancia,
Saltar enseguida al dorso violento del potro
y crecer y batirse y sangrar y exilarse,
Siguiendo la enérgica espada del Padre,
y sola y caída en la sombra rehacerse
y volver otra vez al heroico gestar
De su ser y su hogar,
Entonces temblasteis, piedras uruguayas.
Y nunca en vosotras fue instante más alto
Quando la visteis como una tormenta de lanzas
Tragándose ríos y sierras, venir al asalto
Y desplegar para siempre en el tiempo y la luz
Sobre la cima de vuestra epopeya mural
El pabellón de la tierra oriental!

Ahora es el silencio en vuestro contorno
El trepar de los musgos oscuros,
El andar de las sombras por los viejos muros
Donde antes mataban, triscan los ganados.
El rudo centauro de fuego
Se hizo pastor o labriego
Y, en vez de clarines que azucen la guerra,
Solo espigas buenas y copiosos pastos
Le pide a la tierra.

Mas aquí el silencio nunca será olvido
Sino profunda majestad religiosa
Que obliga a inclinarse, sentir y rezar
¡Testimonio inmóvil del recio gestar de la patria!
Se fueron los tiempos heroicos
Pero el alma nueva os reserva más alto lugar.
¡Oh, piedras augustas de Santa Teresa!
Fuisteis fortaleza,
Ahora sois altar!

José María



LOS MURCIELAGOS

Al anochecer, sentados en la plaza de armas, veíamos surgir de los techos de las casas, cientos de murciélagos, que, en rápidos vuelos se dirigían hacia los bañados.

Arredondo nos recordó la leyenda que sobre el origen de los pájaros-ratones, contara el Vagabundo del Mar. Como no puedo reconstruirla con éxito, ni con el mismo brillo, para trasladarla a este álbum, prefiero recurrir a la versión, —más amplia y que es coincidente en la esencia— que da Ovidio en su *Metamorfosis* (traducida al francés por Dubois Fontanelle y editada en París, por Duprat Duverger, el año 1806).

“ Baco llegaba á Tebas; en la campiña sueñan las voces que caracterizan sus fiestas. Todo el mundo acude a ellas, los hombres, las mujeres, las madres y sus nueros, los grandes y el pueblo se mezclan y concurren en muchedumbres a las ceremonias desconocidas.

Los Tebanos —aleccionados con las desgracias ocurridas a los marineros que fueron transformados por Baco en delfines, y a Penteco, desgarrado por los Menadas— frecuentan las nuevas fiestas, llevan incienso a los altares del Dios y lo reverencian. Sin embargo, Alcithoe, hija de Minco, no cree que deban respetarse las Orgias. Más aún, incurre en la temeridad de negar que Baco sea hijo de Júpiter. Sus hermanas comparten su impiedad.

Ya el gran sacerdote había ordenado que se celebraran las fiestas; recomendando a los Tebanos que suspendieran sus trabajos y el de sus esclavos; que se cubrieran de puros y coronando de pámpanos sus cabellos, esparcidos al viento, temeraran los tirso en las manos. Al mismo tiempo anuncia los terribles efectos de la cólera de este Dios, cuando se le ofende.

Las madres y sus hijas obedecen; abandonan sus telares, los husos y los trabajos comenzados; llevan incienso a los altares del Dios; invocan a Baco y lo llaman bromo, breca, que suaviza nuestras



nacido entre el fuego, nacido dos veces. Añaden a esos nombres los de Micoo, de Elene, Creador de la viña, y todos los otros con que se le conoce en Grecia. "Tu gozas, dicen ellas de una juventud inextinguible, eres el hijo eterno; en el cielo se te considera el más hermoso de los Dioses. Cuando te exhibes sin los cuernos que generalmente adornan tu frente, tu cabeza parece la de una doncella. El Oriente entero se te ha convertido hasta el extremo de la negra India, bañada por el Ganges. Dios terrible, castigas los sacrilegios de Penteo y del impio Licurgo, rey de Tracia! Tu enojo sumió en las ondas a los culpables marinos de la Etrubia! Tu mano preciosa y guía a los Linceos unidos a tu carro y uncidos en el mismo yugo. Los Sátiros y las Bacantes te acompañan, así como el viejo Sileno, tu ayo, que repleto de vino y sosteniendo apenas sus miembros pesados, vacila sobre el lomo arqueado de su asno. Por doquiera pases, la voz de los jóvenes, de las mujeres, el ruido de los timbales, trompetas y flautas resuenan en todas partes. Los Tebanos piden que tu llegada les sea propicia y celebran alegremente tus fiestas!"

Únicamente las hijas de Micoo y Alcithoe, Leuconoe y Arcione, encerradas en sus apartamentos profanan esta fiesta con un trabajo extraño a la estación; hilan lana, preparan la trama de sus telas, o bien forman el tejido y sobre todo, incitan los esclavos al trabajo. Una de ellas, presionando entre los dedos una lana ligera, que transforma en hilo delgado, habla así a sus hermanas:

"Mientras todo el mundo se reposa, o se aglomera en los altares de una vana divinidad (la alegría) nosotras, a quienes Pallas (la seriedad), —Diosa mucho más poderosa, retiene en sus lares, alegraremos con discursos la obra útil de nuestras manos y ocuparemos nuestros oídos ociosos contando por turno algo que nos acorte el tiempo. Sus hermanas la aplauden rogando que comenzara. Contó, entonces, la historia de Derecte, la babiloniana de Piramo y de Thibe, cuya sangre enrojeció la nivea flor de la morera! Las historias habían terminado. Las hijas de Micoo proseguían aún sus trabajos menospreciando a Baco y profanando sus fiestas. Repentinamente se oyó un rumor confuso de timbales, de flautas y de trompetas invisibles. El apartamento se llenó de olor a azafrán y a mirra y más inverosímil, sus telas comenzaron a verdear, una parte se convirtió en viñas. Lo que antes fuera hilo, se transformó en cepas, salieron pámpanos de la trama, y los racimos se tiñeron con la púrpura de la tela.

Terminó el día. Se estaba en esos momentos que no son de luz ni de tinieblas; pero que el día por extinguirse, se aproxima a la noche que vá a sucederle. Los techos se desmoronan, se ven arder las masas y la casa entera resplandece con el fuego; se oye el rugido de las bestias feroces.



Espantadas las Mincidas se esconden, evitan la luz y las llamas; y mientras descienden á los lugares más sombríos y más secretos, una membrana se extiende sobre su cuerpos que se empequeñecen; a las ligeras envuelven sus brazos; la oscuridad les impide ver que han perdido el aspecto humano. No se elevan sobre plumas y sin embargo son arrebatadas por los aires mediante la ayuda de alas, transparentes. Querían hablar y solo emitían un débil sonido, proporcionado a la pequeñez de sus cuerpos. Solo murmullos expresan sus dolores. No se retiran a los bosques, sino que quedan en las casas. Fatigadas en el día, vagabundean en la noche, de la que extraen sus nombres (murciélagos, en latín *vespertiliones*, de "vesper", noche).

MORALEJA: Hay que armonizar el trabajo, que es el culto a Minerva, con el moderado descanso y la alegría que son agradables a Baco.

Viator Ignotus
(Seudónimo de Baltasar Brum)



DESDE LAS MISIONES A ROCHA

En uno de los pueblos de las Misiones Orientales, vivió consagrado a la ciencia y a la religión, un sabio misionero de origen irlandés llamado el P. Lucas Marton. Este ejemplar sacerdote había pasado la mayor parte de su vida consagrado al servicio de la Orden fundada por San Ignacio de Loyola, colaborando con su vastísima ilustración y Su Santidad católica al progreso y adelanto a que llegó, el vasto imperio Jesuítico en las misteriosas selvas paraguayas.

Muchos años antes del decreto de Carlos 3º determinando la expulsión de los Jesuitas, el poderío de los padres misioneros había llegado a su apogeo; rara era la rama de las artes y la ciencias que no hubieran implantado estos tesoneros representantes del Redentor. Pueblos, villas, estancias, florecían y daban óptimos rendimientos comerciales bajo la administración directa de los padres en lo que fue, hoy, con el rodar de los años ha vuelto a su primitivo estado selvático; uno que otro vestigio queda como mundo testigo de aquél poderío pasado; ruinas de templos y edificios de severos estilos y atrevidas proporciones destacan su mole derruida y grisácea entre el verde follaje de la exuberante vegetación tropical.

El padre Lucas había sido uno de los más esforzados propulsores de aquella formidable institución: químico, botánico, geólogo, astrónomo, arquitecto, ingeniero, músico, poliglota, médico, eran títulos bien adheridos a la ramazón de su saber; pero nada llegó a cultivar con tanto amor, aquel sabio religioso, como el estudio de las lenguas aborígenas a las que llegó a dominar a la perfección y por consiguiente todos los dialectos que las intrincadas ramificaciones étnicas habían hecho florecer en esta parte del continente. Esta condición especial, serviale de base para el acopio de relatos, historias y leyendas de toda la tradición oral que sobrevivió entre los componentes de las diversas razas que poblaban el Perú, Bolivia, Paraguay, Río Grande del Sur y la hoy República del Uruguay.

Su sentimiento artístico, dio preferencia a las relaciones vestidas de sabor poemático, que trasmítidos de siglos a siglos y ro-



padres a hijos, se mantenían entre las diversas tribus con variantes más o menos encontradas.

El sistema comunista misionero consistía en haber implantado en las reducciones por ellos dirigidas, la disciplina monacal de su congregación, pero con una separación completa entre ellos que eran amos y sus subordinados que en realidad no eran otra cosa que sus esclavos y sus siervos.

La mentalidad ingenua e infantil de aquellos pobres aborígenes atiborrada de golpe por los preceptos y pláticas religiosas que no comprendían, pero que los deslumbraba, preparaban el terreno para que vieran a sus dirigentes más que como a hombres o sus semejantes, a semidioses o Santos a igualdad de las imágenes de leño que hacían adorar en los altares.

El sometimiento era absoluto, la ley, el trabajo, el amor y la justicia eran regidas por sus padres. La voluntad no existía, el confesionario destruía toda idea o tendencia en desacuerdo con la comunidad, lo que daba motivo para que los siervos del Señor dirigieran aquel rebaño completamente a su antojo y provecho.

Uno de los grandes privilegios que encontraba el indio en aquel ambiente, era el ser elegido para la servidumbre de Iglesias y conventos, el contacto con los amos los eximía de pesados trabajos, pues sabido es que, la comunidad exigía la cooperación de todos los feligreses desde la edad de 5 años en adelante, para bien y beneficio de la colectividad.

El carácter afable y bondadoso del padre Lucas, su tolerancia y hasta cierta rebeldía contra los procederes del régimen impuesto por sus superiores para la organización civilizadora que querían implantar en aquel medio, le daban cierta aureola entre el elemento aborígen, pues a simple vista resaltaba la simpatía que volcaban hacia él la mayoría de los caciques y la indiada de ambos sexos que formaban la totalidad por él dirigida.

A principios de 1751 y quizá para quebrar la autoridad excesiva que iba cobrando el padre Lucas, fue nombrado Director de las reducciones de San Borjas y en los preparativos efectuados para ir a ocupar su puesto; en Santo Tomé que era su Parroquia, hubo el primer conato in subordinación pues, la mayoría de sus habitantes pusieron el grito en el cielo, llegaron a tener la osadía de dirigir al Director General de las misiones que se encontraban en Yapeyú, sino una protesta, un deseo colectivo, o que dejaran en Santo Tomé al padre Lucas o que todos querían ir a San Borjas siguiendo al Pay Sucuitas como ellos le llamaran.

Este pequeño incidente dio pábulo a que repercutiera en las reducciones el malostar y disgusto de los Padres contra su



fiero el Padre Lucas, a quien, atribuyéndole ser el promotor de la disconformidad y anarquía que empezara a vislumbrarse entre los elementos adictos a aquel justiciero jesuita.

Las murmuraciones no dejaban de tener cierta razón. El padre Lucas no estaba de acuerdo con el régimen de aquel imperio teocrático; su desconformidad, si bien es cierto que no la ponía de manifiesto en forma pública, la hacía con sus hechos; su tolerancia era su rebelión, su protesta muda por la injusticia que palpaba a su alrededor.

Ciertos rumores llegados de Asunción, Caracas y B. Aires sobre la política de los padres jesuitas, dió motivo, a que, como medida disciplinaria se intentara enviar al padre Lucas a Europa, pero todos estos episodios se sucedieron en momentos en que los guaraníes organizados admirablemente en pie de guerra sostenían con los mamelucos combates casi a diario.

Uno de los más sangrientos de éstos, fue la batalla de Caybaté (*) dada a mediados del año 1751; en este hecho de armas perdió la vida el valiente cacique Languión y fue tomado prisionero el padre Henis, a quien lo sindicaban en unión del padre Lucas como instigadores y directores de aquella insubordinación.

Con la muerte del valiente Languión, pierde el padre Lucas uno de sus más fuertes apoyos; pues el jefe indio era oído y muy considerado entre los padres; y prisionero el padre Henis, quien era su acérrimo defensor y amigo, dejan al padre Lucas en situación bastante crítica, pues una de las medidas que tomaron los paulistas como triunfadores, fue imponer la entrega de un contingente de indios aptos para el trabajo en piedra, tarea a la que los jesuitas habían especializado a gran número de indios. La entrega de este contingente estaba resuelta por capitanejos y jesuitas y, había recaído, bien, porque los adictos al padre Lucas eran expertos en estos trabajos, pues siendo arquitecto en jefe, lo tenía hechos unos consumados artistas; o, aprovechando los dirigentes de tal coyuntura para separar al padre protestante y rebelde de los elementos que le respondían.

(*) Caabaité —en guaraní: Monte alto— donde 1.600 indios al mando del cacique Nicolás Nanguirú, fueron completamente derrotados por un ejército español-portugués que les infringió un castigo durísimo: 1.200 muertos y 154 prisioneros con pérdida solo 4 muertos y 41 heridos; tan grande era la desproporción de armas, dirección y entrenamiento.

Entre estas fuerzas, figuraba el más tarde conde lusitano Tomás Luis O'Neil, fundador de la fortaleza de Santa Teresita.

Claro que el relato de Cantú para nada se ajusta a la verdad histórica; es una simple composición literaria, leyenda pura.



Esta noticia fue recibida en las reducciones, con la más formal e insostenida protesta. De muchos años atrás, sabían ya los indios de todos los pueblos misioneros, lo que significaba una partida de hombres llevados por los "nudocas" (así llamaban los indios a los safucos que daban los manelucos) sabían bien lo que era un contingente "ganaconas" (esclavos) palabra tétrica, que de tanto repetirla con terror los labios indios, la aprendieron hasta los loros para llevarla de rama en rama hasta el centro del Continente.

Miles y miles de hermanos, amigos y parientes habían sido llevados por godos y portugueses y ni uno solo volvió del cautiverio. — ¡Yanaconas! ¡Yanaconas! fue el pregón y retumbó en la selva... con eco de tragedia...

Una noche, noche esperada con ansiedad, noche de tormenta en los trópicos, en que el trueno al ir rodando por la selva cambia con brusca transición el silencio absoluto, por el estruendo derruidor de los abismos alumbrando con el zigzaguo de los relámpagos los laberintos ocultos de la oscuridad, y ese fue, el azote del fulmíneo y electrizado vendaval que retuerce con vibrante estallido todas las ramas; una pila de sombras, de cientos de personas se desdizan como visiones por entre los naranjales y las orillas del poblado. Llevan a cuestas y sobre sus cabezas bártulos, atados y alforjas. El agua cae a torrentes formando una cortina en la que la luz de los relámpagos descubren por segundos los colores del prisma. Las descargas eléctricas llegan de pavor a los más jóvenes y a las mujeres de la extraña caravana.

El padre Lucas C. Marton en deuda con Dios y en pecado capital con la orden religiosa que abrazara lleno de fe estoica y de amor cristiano desde su juventud, se despide aquella noche tétrica de los trópicos del mundo civilizado, para internarse en la selva con sus indios y, allá, en contacto con la madre naturaleza, purgar el secreto que agobia su alma de cristiano y alegra su corazón de hombre justo y sincero.

En la fila de los fugitivos iba una joven de belleza singular; llevaba de la mano a un niño de 7 años, que reunía la hermosura de la madre y la esbelta distinción que el entronque de una raza superior injertara en la sangre americana.

El padre Lucas fue vencido por la ley de la naturaleza; su alma mística perdió el nímbo en la embalsamada selva espiritual de su ideología, y entregó su castidad de santo, al deseo, que lo acechaba en la soledad de la maraña, convertido en elástica puma nativa.



la memoria eterna del indio, ligando cada piedra con el polvo y las cenizas de una melancólica raza americana a muchas leguas de la selva nativa ya las orillas "del río donde no se ve más tierra".

En el año 1794 un fascineroso aventurero llamado Santos Pedroso, reconquista para Portugal los pueblos misioneros de la parte oriental del Uruguay. La reconquista hecha por este sanguinario personaje es una de las páginas más sangrientas de la historia de las Misiones, pasando a cuchillo desde lo más tiernos niños de pecho a los ancianos, el fuego y las cenizas fue el rastro que dejó a su paso la sinistra fiera...

Pocos fugitivos pudieron llegar a "Nazareno" llevando las horripilantes noticias del sterminio.

El oído al portugués y al godo fue avivado por la selva eterna.

Antoñito Lazo, después de la muerte de Paituyú (padre viejo) como le decían al padre Lucas, fue el continuador de su obra —el preceptor había hecho fructificar en su discípulo, muchos gajos de su vasta sabiduría, y bajo la dirección de Pai-mini —como le decían también a Antoñito— continuó aquel tranquilo refugio disfrutando apacible felicidad la que solo era empañada de cuando en cuando por las noticias que llevaban los fugitivos de los terribles "malocas" que arrasaban todo a su paso. Así fue sembrando la raza blanca, la raza civilizadora, el odio y la venganza entre las tribus nativas... odio y rencor hacia el godo y el portugués, odio que se convirtió en culto... y de "Nazareno" tenía que salir la chispa!!!

Andrésito Artigas

Una hija de Antoñito Lazo llamada "Taboira" fue madre de aquel Capitán guaraní que entró a la historia por su heroísmo, poniéndose desde muy joven a las órdenes de nuestro padre Artigas.

Andrésito Guacarari vivió por vez primera la luz del día, allí; en lo más recóndito de la selva, en "Nazareno" y sus oídos oyeron en la dulce lengua guaraní no bien naciera, el odio al pérfido godo y al sanguinario mamehuco; la savia de los pechos que lo amamantaron le inyectaron en las fuerzas vitales de la sangre indígena, el mandato imperativo de venganza por todos los de su clase.

Antoñito hizo con su nieto, lo que el padre Lucas hizo con él pues llegó a prepararlo lo bastante como para brillar, como lo guió, allá en los albores de nuestra independencia.



Antoñito había puesto al tanto a su nieto desde muy niño, de todo lo acontecido en los pueblos misioneros y asombraba con sus pláticas al niño al hablarle de su bisabuelo, el padre Lucas, por quien Andresito cobrara singular admiración. Desde adolescente ya le había prometido su abuelo, que una vez que fuera hombre y vengara a sus mayores, le entregaría todo cuanto perteneció al Pai-tayú — papeles, libros y documentos que guardara en hermosa arca de raras maderas repujadas en incrustaciones y herrajes de fina plata; trabajo hecho por los artistas de "Nazareno" y regalada al Pai-tayú al cumplir sus ochenta años.

Cuando el Gral. Artigas defendía nuestro suelo del invasor portugués, 3700 lanzas charrúas se cubrieron de gloria en cien combates, inflamados de heroísmo y vibrando de entusiasmo los amplios y desnudos pechos de bronce por el cariño fraternal que hacía el Capitán de Blandengues sintieran los centauros de Andresito.

Andresito a quien por sus hechos, Artigas premiara distinguiéndolo como uno de sus hombres de más confianza, y a quien diórale como la más alta condecoración por sus hazafías — el uso de su apellido, — había venido desde los pueblos misionero con el férreo propósito de reconquistarlos. Su abuelo Antoñito y su madre "Taboirá" habían preparado el temple del que fuera después célebre capitán Artiguista.

El odio acumulado durante larguísimo años contra los invasores, se encuentra como manifestación colectiva de la raza de Andresito Artigas, y es él, y de acuerdo con el padre de los Orientales, quien toma y reconquista los pueblos de sus mayores.

San Borge, Santo Tomé y San Carlos caen bajo el denuedo del valiente guaraní, y el júbilo que estos hechos proporcionan a sus pobladores, repercuten en "Nazareno", la ciudad misteriosa de la selva.

"Taboirá", la madre de Andresito, no puede resistir a la tentación de ir al encuentro de su hijo triunfador; y de acuerdo con su padre Antoñito, prepara una expedición para ir a su lado. Lleva ésta entre otros muchos enseres, el arca del padre Lucas, reliquia del patriarca, llena de documentos, papeles, y datos de toda clase recogidos y recopilados por el padre misionero; premio prometido por Antoñito Lazo a su nieto Andresito toda vez que en los pueblos misionero se tocaran las campanas a rebato en señal de libertad.

Chagas, el general portugués de triste memoria, aprovechando la circunstancia de no haber podido Artigas asistir en ayuda de Andresito, cargó de improviso sobre los pueblos Orientales con un formidable y bien pertrechado ejército.



La defensa que hace el valiente Andresito, es heroica, sitiado en San Carlos, falto de hombres y recursos, se defiende como un puma acorralado. El círculo se estrecha, cedén los valientes guaraníes poco a poco ante la superioridad numérica, y el fuego y el cuchillo de las armas portuguesas, va arrasando todo a su paso.

Andresito, atrincherado en la iglesia del pueblo donde ha reunido todo su material bélico, hace volar la "Santa Bárbara" y aprovechando la oportunidad y el asombro que causa en las filas enemigas este hecho, se abre brecha, sable en mano, con arrojo sublime e inaudito entre las columnas de Chagas; pero, rara fue su temeridad, el valiente guaraní fue rodeado poco a poco y cae prisionero con los suyos.

Las represalias de Chagas y sus secuaces, fueron horribles, el saqueo, robos, asesinatos e incendios fue libre para aquella jauría cimarrona; arrasaron materialmente con todo aquello, que fueron los pueblos de las Misiones Orientales.

Andresito, prisionero, es llevado a Río de Janeiro con el botín del saqueo; todo cuanto hubo de valor en aquellos pueblos fue robado despiadadamente y llevado a Río, y entre estas cosas el rico arcón del Padre Lucas C. Martón repleto de documentos y datos científicos, muchos de estos aprovechados más tarde por la ciencia.

Entre la diversidad de asuntos que contenía el arca, centenares de originalísimas leyendas, y entre ellas, la que relataremos enseguida y referente a los palmares, lagunas, lobos, etc., del hoy Departamento de Rocha, traducida del guaraní al portugués por un sabio médico lusitano que cuidó en los últimos momentos al que en vida fue encarnación del alma guaraní y del indómito espíritu charrúa: Capitán Andresito Artigas.

Desde el Pacífico al Atlántico.

Leyenda transmitida de siglo a siglo y de padres a hijos y cuyos orígenes se pierden en remotísimas épocas de una era, en que el bienestar humano fue una realidad.

Del Atlántico a los Andes y del Amazonas a la Patagonia, todas las razas tribus y familias son derivadas directas de una raza superior muy anterior a la pre incaica, siendo esta a su vez descendiente de aquella, que en épocas perdidas por los siglos llegó a los Andes desde el poniente; y llegó, de occidente, porque, en lo que es hoy el océano Pacífico, existía en aquellos milenarios tiempos, la región más fértil, poblada y rica del globo.



En esa región, que era el centro del mundo; pues para aquellos pueblos el planeta era un plato que tenía sus bordes el infinito, fue donde tuvo principio y floreció el género humano.

Para aquella raza de hombres, que llegó a tener una civilización sorprendente — la "Luna" fue el padre de todas las cosas, y simbolizaba a su vez el fin y la muerte; y el "Sol", la madre de toda vida, la vida misma, y el calor necesario a toda existencia.

La luna y el sol en matrimonio, poblaron el mundo en la ya dicha región, y la felicidad no tuvo límites para los humanos, pues todos disfrutaban la más apacible paz y la más absoluta dicha; hasta que, la ambición y la vanidad crearon la discordia entre los hombres.

La luna y el sol, padres y dioses de la humanidad, se atribuyeron violentamente las causas de la reyerta de sus hijos. La luna, sale en defensa de los discolos, vanidosos, fátuos, pérfidos, etc., es la encarnación del mal, del frío, de la muerte, de las sombras... El sol, madre eterna del universo sale en apoyo del bien, de los humildes, de la vida y se hace la luz, se hace el día. Desde este momento la separación es absoluta. La noche protegerá con sus tinieblas; el sol acariciará con sus rayos; pero también desde ese instante pierden lo seres humanos la felicidad.

Los dos bandos lloran arrepentidos y se increpan mutuamente el mal que han causado. Deciden al fin ir a implorar a sus Dioses, con el afán de arreglarlos y conseguir con la nueva unión, la felicidad perdida. Van hacia el poniente unos, en busca de la Luna, a la que creen encontrarla allá en el horizonte, entre un lecho de nubes, y marchan, marchan por remotas tierras; van poblando el mundo sin quererlo, La China, Australia, el Jopón, la India, Europa...

En busca del Sol los otros, creen encontrarlo en el levante, en un lecho de amor, entre las tibias sábanas de la aurora, y, caminan, caminan, dejando atrás sus pueblos, sus valles, sus monumentos... y llegan un día a las altas montañas que veían en lejanía — los Andes majestuosos vistos desde las lejanas tierras de donde venían parecía el más cálido y sagrado del sol; pero, al escalar la multitud peregrina, la falda y los últimos picachos de sus crestas, el terror los sorprende por las espaldas.

Dede la cima de las altas montañas que había recorrido aquél pueblo en busca del Dios Sol ... contempla mudo de espanto el más formidable cataclismo que registran los siglos de los siglos. Todo cuanto habían dejado atrás, pueblos, ciudades, montañas, valles, desaparecen en un instante como por arte de encantamiento devorado por las aguas, que, de pronto, y entre el temblar de el retumbar de los truenos, el zumbido del huracán y el resplandor



fuego de los volcanes iluminando las caras tetricas y mudas de la muchedumbre enloquecida; se precipita desde el cielo y de todos los confines de la tierra con el impetu frenético, envolvente, ensordecedor de la naturaleza enfurecida...

Aquel pueblo creyó, que aquel cataclismo fue un castigo del Dios Sol, que así se vengaba de la ingratitud de los hombres, haciéndolos desaparecer bajo las aguas junto con todo lo que fue cuna de la Humanidad. ¡Ellos eran los elegidos al ser salvados!... y desde las más remotas generaciones pre-luicas y todos sus derivados, fueron por eso los "hijos del Sol"; y al Dios Sol dedicaron sus pueblos, ciudades, campos y civilizaciones. Siglos y siglos pasaron en la espera que el Dios astro trajera la felicidad perdida. Le erigieron templos a su culto. Se formaron sectas y congregaciones, con diversas tendencias; pero siempre y entre todas las generaciones, subsistió la idea fija de continuar la peregrinación hacia oriente en busca del Dios supremo, del Dios de la dicha...

Y, llegó el día, que de aquel pueblo que se arraigó durante centurias en la falda de los Andes, se desprendiera un núcleo de sus habitantes para continuar el peregrinaje ancestral hacia el levante, idea adherida como una obsesión, en el alma inmutable de la raza. Los hombres no habían cambiado; por el contrario, la injusticia y la maldad, cada día los separaba más. Era necesario ir en busca de la "madre de la vida" a implorarle clemencia, paz, la felicidad ansiada.

Y, en son de plegaria, miles y miles de seres, familias enteras, ancianos y niños, mujeres con sus entres auestas, bajan del altiplano, llegan a la llanura haciendo jornadas de angustia y de dolor... Las auroras despertaban aquellas huestes que con los brazos en alto entonaban sus salmos de clemencia, con los rostros bañados de lágrimas, hacia el Dios que se elevaba... Y caminaban, caminaban, pasando ríos, selvas, aspereras; y al lento y fatigoso paso de las largas caravanas, iban quedando los rezagados, ancianos y madres con niños de pecho, mojones que la raza fue dejando como troncos vitales para que dieran nuevos retoños. (Araucanos, Aimarás, guaraníes y quichúas y centenares de familias derivadas que pueblan la América, tuvieron este origen).

Y siguen siempre su marcha, como sonámbulos, hacia el levante, marchan ciegos, en busca de su dios, frenéticos, sordos a los lamentos de los que caen vencidos, que van quedando en grupos, de etapa en etapa.

Y siguen, siguen, Marchan como en orden de combate, frente, agrupados unos, y dispersos los otros, cual rebaño de ovejas sumisas al granizo y al vendaval que los azota.



Llevaron las doncellas y mancebos sobre sus cabezas, cacharros de rica orfebrería, rebosando de frutas, alimentos y manjares. Los niños y las niñas paños de ricos tejidos, telas de colores diversos; y marchan, marchan entonando salmos, levantando bandadas de colores en las alas de multitud de pájaros, con garzas y cigüeñas que asustadas se pierden entre las nubes, despavoridas por la profanación de sus dominios.

Van de vanguardia, tomando leguas de frente y de extensión, los más jóvenes, los más fuertes, los más viriles llevando como todos los componentes del éxodo, entre sus brazos, el sagrado cacharro de policroma alfarería lleno de perfumada miel, ofrenda máxima de aquellos seres a sus Dioses. En grupos casi compactos los centros, abigarrados, tímidos, custodiados por dispersos a los flancos y a retaguardia.

Y marchan leguas y leguas, despertando al silencio, asustando a las aves y aterrando a las fieras.

Un día, en que creen haber encontrado la realidad de su eterna esperanza, detienen su dramática y dolorosa marcha sobre las últimas lomas que divisaran... (Sierras de San Miguel, Alferéz, Castillos). Desde ellas, hacia el Este, se extendía una enorme llanura a la que las sombras de la noche empezaban a envolver. De pronto y en lejanía, un rojo vivo de fuego empezó a avanzar hacia la planicie, reflejando en la inmensidad del cielo su tinte púrpúreo.

En los confines de aquella pampa creyeron ver el punto donde reposaba el astro Rey, y enviaron sus exploradores hacia unas pequeñas lomas que el rojismo del cielo les dejaba ver más hacia el Este (lo que hoy son las islas de Lobos, Gorrín y las de la Corenilla). Un retumbar de truenos en el cenit, seguido de descargas eléctricas, coincide con un estremecimiento de brutal violencia de toda la corteza de la tierra.

En el centro de la llanura a la vista, se abre la tierra en una fantástica grieta de sur a norte que va a perderse en el infinito; por ella, llamaradas de fuego, humo, cenizas, se elevan con ímpetu y rapidez extraordinaria. El pueblo aterrado ante aquel espectáculo, baja al llano como para acudir en auxilio de los fuertes y elegían mancebos que mandara de exploradores y que de lejos se les veía en las pequeñas lomas ya citadas.... El huracán se desata con violencia jamás vista; las tinieblas y las cenizas cierran el paso a aquella multitud aterrorizada. Los ayes y alaridos de angustia y de dolor se pierden entre el fragor del viento.

La tierra se extremece con más violencia y se abre a la vista y en la inmensidad de la llanura, miles de bocas de doncellas y lenguas de fuego que se pierden entre el humo y las cenizas a gran altura.



Retumban los espacios, braman los confines, ondula la corteza de la tierra movida por fuerzas ocultas, los rayos y los truenos repercuten en la bóveda del cielo; el vendaval ahoga y agiganta a la vez con su furia a otras tantas que despiertan con fuerzas ciclópeas . . . y el agua, elemento que faltaba en aquel concierto de la materia, se descuelga a torrentes, a ríos, a mares, con estrépito, con furia, con sacudidas de exterminio. . . Y llovió días y días y las aguas fueron cubriendo la llanura, y pasaron meses y meses sin que el sol, Dios de la vida y de los hombres, elevara su majestuosidad por el cenit. Y seguía lloviendo, y el viento en consorcio con la lluvia, agitando la superficie de las aguas, que crecen, suben, escalan, se agiganta, invaden, inundan y se desbordan por todos los contornos, aida —en lo que hoy son las islas de Lobos y Gorriti— a los mancebos enviados como exploradores. . . Y crece el mar que se ha formado, y sus olas embravecidas transportadas por el viento forman las lagunas "de toda la costa del Este. Aquel pueblo respondiendo a un mandato milenario, esperó resignado al advenimiento de su Dios Y el tiempo pasaba, y allí trémulos y sumisos, humildes y resignados ante las furias —que ellos creyeron de su Dios— ofreciéronle cuanto tenían en su holocausto.

Todas las doncellas y niñas fueron sacrificadas y quemadas y sus cenizas arrojadas entre salmos y plegarias para aplacar la ira del sol en la laguna —de los Difuntos— (nombre que nos legara la tradición). Los mancebos, bloqueados por los elementos, se convierten en lobos para guardar por el lado del océano y por los siglos de los siglos, el sueño eterno y las cenizas de sus prometidas.

Y el alma india, el pueblo incaico, místico y sereno, que miles y miles de años llevara sobre sus espaldas el peso de una esperanza, se convirtió por voluntad, por deseo, de arraigo y de penitencia en los palmares que desde distancia contemplan la inmensidad del océano.

Cada palma, es un ser de aquella raza, que vegetará abrazado a su cacharro de vistosa alfarería lleno de perfumada miel, la mayor ofrenda que aquellos hombres tenían para sus Dioses.

Y hoy esperan, esperan aún resignados, con su poncho hecho girónes, sacudido por el viento, dando su miel a quien le lleva, en la creencia que el que se acerca es su Dios que trae la felicidad perdida a la tierra.

Carlos M. Cantú.

Fortaleza de S. Teresita
Abril 19 de 1930.



"MARAVILLAS"

Cuando en octubre de 1931 fui huésped por unos días en la Fortaleza de Santa Teresa, aproveché la oportunidad para interrogar a varias personas sobre el origen del nombre "Maravillas" aunque se conoce al gran esteral próximo, ya que en libros y papelotes nunca pude encontrarlo. Aquellos a quien interrogué, como antes, los libros, no supieron darme la razón del nombre; pero evidentemente, dada la idiosincracia y mentalidad de nuestra gente de campo, nombre tan sugestivo tiene una razón de ser. Esa razón, que no se me dió, la descubrí yo una noche en que, después de cenar, mientras los otros dormían, cediendo a mi afición de buscar la soledad, me salí al campo a fumar un cigarrillo y empaparirme un poco de misterio y de silencio. Allá en alguna parte del inmenso esteral, invadible y peligrosísimo para quien no conozca sus ocultos pasos y albardones, una pequeñita luz brillaba lejana y obsesionante. ¿Acaso, algún cazador furtivo de nutrias, un solitario criollo, o un contrabandista? No lo sé. Pero, entanto que la noche, la soledad y el silencio se hacían más graves a mi alrededor, y la conciencia de que estaba bien solo en aquellos desiertos me dominaba, dentro de mí despertó de pronto un alma primitiva, algo así como otro yo —un alma que me transportaba a otros tiempos remotos y bárbaros— y comprendí como nunca el origen y la formación de los mitos y leyendas. El viento de la noche me traía mil pequeños rumores misteriosos: susurros de las pajas, notas perdidas de invisibles insectos, el chirrido de alguna lechuza, el clapoteo del agua azotada por errante anfibio: nada de la vecindad del hombre o de las cosas amigas. Y en medio de tal soledad, la luz incomprensible y el murmullo del viento, empezaron a narrarme la historia del bañado de Maravillas.

Esto sucedió unos cientos de años antes que los "arachanes" asentaran sus toldos en la vecindad del Lago Merín y del río Ceboillatí. En aquellos tiempos remotos no existían aún ni los "arachanes" ni los "charrías", ni los "tapes"; como no existía tampoco



hidrografía de la región. El arroyo San Miguel, por ejemplo, que hoy une al gran lago con el extenso bañado de San Miguel, ⁽¹⁰⁾ seguía un curso muy distinto al norte de la Serranía, confundándose con el que hoy tiene el arroyo de la Punta Negra; ⁽¹¹⁾ y al sur de la sierra y todo a lo largo de la Angostura, hasta Castillos, eran bosques y palmares o extensos prados fecundos y verdegrantes, sin asomo de los bañados, lagunas y embalsados que hoy predominan en la región.

Los habitantes de esta zona, remotos antecesores de los "arachanes", "charrúas" y "tapes", eran descendientes de los primitivos "guaraníes" —raza que imperó por largos y largos años desde el Amazonas hasta el Plata. Su nombre propio se ha perdido, confundándose en la común denominación de "guaraníes"— pero, la leyenda del bañado de Maravillas nos afirma la existencia de aquel pueblo intermedio entre los guaraníes y los tapes y arachanes. ⁽¹²⁾

Como casi todos los pobladores de nuestro territorio en aquellos prehistóricos tiempos en que aún vivían entre las gigantes cascarinas los grandes animales cuyos huesos admiramos en los Museos de Historia Natural, aquellos indígenas se distribuían por tribus más o menos nómades. Eran tribus que habían alcanzado cierto grado de civilización, pues que no iban desnudos como anduvieron luego los "arachanes" y "charrúas", sino que vestían telas vistosamente tejidas, y cocían y pintaban artefactos de alfarería con un gusto y habilidad dignos de cuenta. Todos sus asuntos internos los resolvían patriarcalmente en cónclave de los más ancianos; y en los casos de guerra con otras tribus confiaban al guerrero de más valor y de más probada capacidad la dirección del combate.

Urumbiá era el "tai-ta" de más prestigio de todo el partido. Urumbiá, fuerte y musculoso, a pesar de sus cincuenta años, se imponía a todo por su astucia y su crueldad. Combatía al yacaré dentro del agua; al gran jaguaré de los montes vecinos; y no le temía

(10) Las aguas de San Miguel —parte al cual, el del sur— comprende el actual de Las Maravillas, desaguando —por el San Miguel— en la Merim —antigua Mimi— (en guaraní "pequeña", en oposición de su vecina, la enorme de Los Pinos —a la que tributa por el río San Gonzalo—), y, al todo, por el río Grande, al mar.

(11) Es el arroyo de la Isla Negra, —en de "Punta" Negra— desaguando de una serie de esteros al norte de la sierra de San Miguel, en la dirección del San Luis.

(12) Párra Petá, literato —gran literato compañero de Rodó— arriaba a su manera el parecerame etnográfico, cuando aún —tomándose las cosas del caso— pero lo bastante autorizado para poder afirmar que a lo que se encuentran los vestigios arqueológicos, parece poder afirmar que las charrúas no eran de origen guaraní: su lengua es distinta, etc.



ni a los hombres ni a los maleficios. Tenía diez mujeres y más de treinta hijos. El mayor de éstos, Tapuiguazú, un gigantón como su padre, heredero de su fuerza y su valor, hacía tiempo que había ido a habitar al norte del lago Merín, con un núcleo de sus partidarios, pues dado su carácter altivo e independiente, no podía consentir ni siquiera el predominio de su propio padre, Urambiá prefería entre todos los otros a aquel hijo; pero su orgullo bárbaro no toleraba que nadie pudiera ser un jefe donde él tenía asentada su tienda de guerra. Por eso vivían apartados.

Un día, sin embargo, llegó a oídos del "tai-ta" un extraño rumor: Tapuiguazú celaba en su tienda a una Hija del Mar. Era, según la versión del nómada que descendía del norte, una mujer hermosísima, toda vestida de luz, con una cabellera hecha de rayos de sol, que el gran indio había arrebatado a las aguas del Atlántico en una tarde de tormenta. Su poder mágico se había manifestado en varias ocasiones favoreciendo a Tapuiguazú y su horda en los combates y en muchas ocasiones apuradas. Todas estas circunstancias acicatearon la curiosidad de Urambiá, y una tarde, sin advertir a nadie, salió de su toldo y se puso en camino hacia la tienda de su hijo. Cruzó el gran bosque que rodeaba el "paradero" de su propia tribu, atravesó la Sierra, flanqueó el gran Lago, se recostó hacia el Chuy y siguió su rumbo siempre hacia el norte. Al cabo de seis días de marcha, avistó la curiosidad de Urambiá, y una tarde, sin advertir a nadie, salió de

No estaba en ella su hijo, pero estaba la Hija del Mar. El viejo cacique sufrió como un latigazo la belleza de la diosa desconocida. Era, efectivamente, una mujer enigmática y cautivante. Cuando Urambiá puso su mano de piedra sobre su cabeza, en signo de posesión, la mujer dió un violento respingo y huyó al palmar cercano. Entonces Urambiá, orgulloso y prepotente, experimentó el ansia salvaje de hacerse dueño de la Hija del Mar. No le importaba que fuera el bien de su propio hijo; solo se dijo que la deseaba y que se la arrancaría a cualquiera, aún al mismo Tapuiguazú. Como una fiera, salió en busca de la mujer.

Sólo al anoecer la encontró, muy lejos, escondida entre los tajos rojizos de una barranca. Como la desconocida se le resistiera corajudamente, arañándole el rostro y mordéndole en un brazo, Urambiá le dió un rudo golpe en la cabeza con su maza, desmayándola, y de inmediato la alzó en sus fornidos brazos. Caminó toda la noche y todo el día siguiente, internándose en los bosques. Caminó los días sucesivos atravesando riachos y serranías. Al fin, al caer el tercer día, después de vadear un paso del Cebollati, llegó a un punto del rumbo opuesto que había seguido a su partida. En vano lo esperaba su hijo, Tapuiguazú.



—La Hija del Mar es de Tapuiguazú, — adujo éste, temblando de furor. —El "Tai-ta" ha violado la tienda de su hijo para robarle el bien. Tapuiguazú ha venido para matar a Urambiá.

—Está bien, —contestó el viejo cacique. —Urambiá combatirá con Tapuiguazú: quien quede vivo de los dos, será el dueño de la Hija del Mar.

—La Hija del Mar es de Tapuiguazú, — replicó el joven, apretando su maza.

Entonces, ante el círculo de bronce que formaban los indios de la toltería, padre e hijo se trabaron en singular combate. Con saltos de felino escapaba Tapuiguazú a los formidables golpes de Urambiá, buscando la ocasión propicia de herir a su vez, a su enemigo, así que éste se mostrara fatigado. Pero Urambiá tenía aliento de gigante y no mostraba temor ante el ardor juvenil de su hijo. En un brusco encontrón, la maza del hijo hirió en la clavícula izquierda al padre; pero éste, a su vez, lastimó en el flanco a Tapuiguazú. Durante un minuto, algo apartados, se observaron astutamente, y de pronto, como dos resortes de acero que se distienden, saltaron el uno hacia el otro. El choque fue terrible. Crujieron los huesos de entrambos guerreros, y la sangre brotó de las heridas con más abundancia que antes. Los espectadores del salvaje combate permanecían mudos, fulgurantes los ojos.

Al fin, la maza de Tapuiguazú hirió el antebrazo de Urambiá y le hizo saltar el arma. Un rugido de triunfo hinchó el amplio tórax del joven; pero el viejo, rápido como el rayo, saltó hacia adelante y se anudó al cuerpo enemigo. Hubo entonces una lucha cuerpo a cuerpo silenciosa y brutal. Las dos férreas contexturas, trabadas en un esfuerzo titánico, pugnaban por el triunfo, sabiendo que el desenlace era ya cuestión de vida o muerte. Los tendones se pronunciaban en las carnes cobrizas como nudos de piedra; los pies, apartados en un compás de apoyo heroico, araban la tierra negra; las dos respiraciones eran ahora un rosullo de bestias fatigadas que hacen su último esfuerzo.

De pronto, Tapuiguazú pisó un guijarro y flaqueó de su pierna derecha. Urambiá, a lo largo de su propio cuerpo, sintió la vacilación de su enemigo, y con un alarido, amontonando sus postizas energías, cargó sobre la izquierda. Tapuiguazú cayó de espaldas, y encima de él, como un jaguar, se agazapó Urambiá.

En vano el caído procuró revolverse sobre la espalda para zafarse del abrazo de muerte: el viejo cacique lo aplastaba con su corpulencia y le trababa el juego de las piernas con las suyas, nudosas. Entretanto, sin desnudar su brazo por completo, sus manos de acero, con sus garras, iban ascendiendo, despacio, metódicamente, trágicamente,



cabo, en el instante en que el hijo se curvaba en arco, apoyándose en la cabeza, para ver de escapar por el flanco, aquellas manos horribles hicieron presa en su garganta.

Y fue el momento abominable. Urumbiá, que no perdonaba jamás en los combates, cerró el círculo de acero, apretó, apretó con furia, clavando los dedos en la garganta, mientras un rugido de triunfo iba creciendo en su pecho. Los ojos de Tapuiguazú saltaban de la órbitas; todo su rostro estaba negro; la lengua pendió al fin. Un estertor, y luego la quietud final.

Urumbiá se alzó, vacilante. Durante unos minutos solo se escuchó su resuello de bestia fatigada. Cuando pudo serenar un tanto su aliento, clamó:

—Nadie ha vencido a Urumbiá. Urumbiá destrozará a quien le resista, como ha destrozado a Tapuiguazú.

El círculo de indios se deshizo y todos se fueron satisfechos, porque reconocían a su "tai-ta".

La Hija del Mar pertenecía, pues, sin discusión a Urumbiá. Pero la Hija del Mar, que había sido una diosa propicia para el hijo, iba a convertirse en la diosa fatal del padre.

Extraña mujer, venida no se sabía de donde—, del Mar de las Tempestades, porque Tapuiguazú la había recogido sobre unas rocas que se adentraban en el Mar, en un día de tormenta—, parecía poseer un poder sobrenatural y terrible. Las mujeres indias de la tribu, no podían contener su mirada; los hombres, brutales y rudos, se encontraban sin fuerzas cuando los injuriaba con desconocidas voces; todos los seres y elementos parecían doblegarse a su voluntad. De noche, clamaba en medio de las sombras, y un enjambre de pájaros negros acudía y revoloteaba interminablemente sobre el toldo de Urumbiá. Hacía signos a la sierra y sobre la sierra cuajaban nubes de tempestad, erizadas de rayos. Un calor sofocante, que fue creciendo en los días sucesivos, imperó en toda la región, como si los cabellos de oro de la Hija del Mar fueran llamas solares. Al fin, al caer de una tarde, se desplomó una lluvia torrencial.

Llovió, ininterrumpidamente, durante ocho días. La tierra gemía, viscosa, bajo las pisadas. Todo el aire era una neblina de humedad. Las palmeras inclinaban sus penachos, chorreando agua. Del lado de la sierra un ruido sordo, como el hervor de un trueno continuado, rebotaba desde la tierra hasta el cielo y cundía por toda la amplitud. La Hija del Mar, bajo la cortina implacable, salía al campo y aullaba furiosamente palabras extrañas.

Los indios permanecían en sus toldos, murmurando. Urumbiá, orgulloso de su triunfo sobre el hijo, no



El río San Miguel tenía cambiado su curso. El Lago Merín vertía sus aguas desbordadas sobre la gran planicie que sirviera de asiento a la ciudad india de Urumbiá, formando los bañados de San Miguel y Maravillas; ⁽¹³⁾ más abajo, por el canal de los indios, el bañado de Santa Teresa enterraba otras poblaciones y más abajo aún, hasta las cercanías del palmar de Castillos, surgía un estuario de coenca enorme hasta entonces desconocido, la Laguna de los Difuntos. ⁽¹⁴⁾ Sobre todas aquellas poblaciones que un día fueron bajo el Sol, sepultadas ahora en el cieno, iban a crecer, durante siglos y siglos, las oleadas fantásticas del pajonal bravo.

El viento nocturno que llegaba hasta mí, impregnado de las hierzas corrompidas, hizo una pausa, bajó en una octava su diapasón, y, más sordamente, como un leve plañido, agregó aún:

El curso del tiempo borró toda memoria del pueblo desaparecido. Muchos y muchos años después, bajaren los "arachanes" hasta el Cebollatí y el Lago Merín para asentar allí sus toldos, y creyeron, naturalmente, que todos aquellos inmensos bañados habían existido siempre allí. Pero, tanto los "arachanes" como los conquistadores que se adueñaron más tarde del territorio, notaron ciertos fenómenos extraños que poblaron sus almas de susto. Desde el fondo de los bañados opacos entre la óctada interminable de las pajas, en las noches oscuras, surgían ayes y lamentos que hacían temblar los corazones

⁽¹³⁾ Estos bañados lo forman los derrames de los de la Angostura y de Santa Teresa que vierten en la laguna Negra y los excesos de esta que van al canal natural de los Indios que tributan en el San Miguel, cuya parte sud se nombra Las Maravillas, y cuyo centro es el de Peciguero, brasileño; duramo, en español.

⁽¹⁴⁾ La Negra, la Oculá de los guaraníes, la del Parímar —por el palmar fronterero de Castillos— y de los Idiomas —por derivación de los cerros de Navarro—, así acucheados antes, que se levantan en su margen occidental, en cuyas cumbres se han encontrado, desde mediados del XIX, —como en nota anterior informé— unas agrupaciones de piedras que se suponían colocaban los autóctonos sobre enterramientos de sus muertos para evitar fueran desenterrados por los animales que gustan de carnicías. Hoy, es controvertida esta hipótesis, al parecer, con mucho fundamento. Modernamente, derribados algunos de esos agrupamientos para investigar, excavado en su subsuelo, no se han encontrado ni vestigios de huesos, ni de nada de lo que aconsejaban enterrar juntos a ellos, por lo que se ha convenido en otros años cuya mención no hace al caso.



cretar la muerte de la hechicera. Una tarde, la tribu presenció la huida de los aguaráns hacia el sur. Al día siguiente, fueron los pájaros: pasaban en bandadas y desaparecían. Después fueron los grandes ciervos y los clásicos tigres; y, cosa curiosa, huían juntos hacia el sur, sin manifestar aquellos temor por la presencia de éstos, ni preocuparse los tigres de la vecindad de los ciervos. Huían todos, nada más. Los indios se asomaban a la puerta de sus toldos y miraban todo aquel movimiento, inquietos. Urumbiá no veía nada; nada más que los ojos hipnóticos de la Hija del Mar.

Al cabo, al noveno día de aquella porfiada lluvia, la naturaleza pareció sufrir vértigo formidable. Fue en medio de la noche. La tribu entera despertó aterrorizada con la sensación de que el suelo se balanceaba. Un trueno soedó, anienazador, que crecía por momentos, venía del norte, como nacido de las tinieblas, — más espesas ahora porque no las rasgaba un solo relámpago. Y un fuerte olor a agua salada empezó a llenar el ambiente.

Todos los guerreros se reunieron frente a la tienda de Urumbiá, gritando. Pero Urumbiá, el "Tal-ta" de valor de fierro, parecía poseído por un maleficio que embotaba sus facultades. Pronunciaba sílabas extrañas y buscaba como un demente a la Hija del Mar que había desaparecido. Entonces, la confusión más horrenda reinó entre los indios: las mujeres chillaban frenéticas, los hombres blandían sus mazas y sus flechas, injuriando a Añang.

De pronto, Urumbiá descubrió a la Hija del Mar, allá, lejos, en medio del campo, sobre un alto monedulo, y se precipitó, sin escuchar a sus hombres. Envuelta en una claridad de ensueño o de encantamiento, que la hacía más visible en medio de la noche, la diosa terrible parecía llamar hacia sí un enjambre de monstruos blancos que se venían, con un ruido emordecedor, en largos e interminables ríos de espuma.

Cuando la tribu quiso huir, fue tarde. De todas partes a la vez, llegaba la invasión del mar. Las olas enormes, cenagosas y espectrales, cubrían el haz de la tierra. Corrientes frenéticas araban la tierra en surcos ciclópeos; masas enormes de agua se aplastaban sobre las tremendas hondonadas del suelo que se había deprimido; las tolderías enteras (hombres, mujeres, animales, árboles, picachos de piedra, todo lo que constituía el pueblo indio) se hundía en el cieno, desaparecía bajo la incontestable ola rugiente. Antes que finalizara la noche, la imponente catástrofe se había consumado: — el castigo de la Hija del Mar; estaba sobre el pueblo indio; este había sido borrado de la superficie de la tierra.

Cuando surgió el nuevo día, el aspecto de la naturaleza había cambiado totalmente.



más enteros. Particularmente cuando el viento venía de la sierra, enfilando el esteral de Maravillas, un grito aulante y tétrico agujereaba la noche con sílabas trucas: "¡U...a...aaah! ¡U...a...aaah!", parecía clamar la voz lúgubre que se iba rebotando por el pajonal. Otras veces, en desconocidos y lejanos albardones, aparecía una sombra blanca, de forma indefinible, como de una mujer celada por tules de niebla, que iba y venía sobre las aguas, con gestos lentos, y desaparecía de pronto. Y otras veces aún, eran aullidos terribles, voces de guerra, choques de mazas que se alejaban y volvían en medio de la noche, mientras unas formas infernales parecían combatir entre los altos juncos. Luces extrañas, fuegos insólitos, de un espectro lívido, pasaban en las noches sin luna por los esterales, danzaban sobre los charcos de Santa Teresa, corrían por la inmensidad de la Laguna Negra como un reguero fosfórico. Por lo demás, no era cuestión de ponerse a desentrañar aquellos misterios: quién había concebido la temeridad, al aproximarse al borde del bañado se había visto convertido súbitamente en carpincho. "U...a...aaah!..." modulaba el viento.

En medio de aquella soledad imponente, una indefinible sensación de frío me rozó las espaldas. Instintivamente volví la cabeza escrutando las sombras, mientras buscaba el mango del revólver. "U...a...aaah!..." soplaba el viento en ese instante, y, como un eco dentro de mí, se rehicieron las sílabas trucas: "U...ram...biá!...". Excéptico, sonrei de mi susto: visiones de gentes crédulas; cuentos de viejas... Pero, no pensaban así los que le dieron su nombre al bañado de las Maravillas.

Victor Pérez Petit.



LA LAGUNA NEGRA

El dios bueno, Tupá, vivía arriba de los cerros azules, desde donde espantaba las nubes y encendía el sol, la luna y las estrellas para dar los días claros y las nubes poéticas a los indios.

De sus manos se volcaban pródigoas las flores, las margaritas, los claveles del aire, los mburacuyas, las Santa Lucía, los macachines de oro y los lirios morados de los biloyes.

De su corazón brotaban los pájaros y los cantos.

Por el contrario, Añáng, el dios malo, conspiraba contra esta gracia, que daba belleza, calor y poesía a la naturaleza, y traía la noche torva para apagar los astros, desataba los potros salvajes de los vientos de las tormentas y daba impulso a los cuervos sombríos y demás aves de rapiña.

El dios bueno lo quiso perseguir y entonces el diablo huyó cerro abajo y se metió en la laguna, que se volvió brava y negra porque es su refugio.

En su centro vive él, en un vórtice profundo, insondable, donde se hundieron irremediamente las piraguas indígenas.

Hoy mismo no puede permanecer mucho tiempo una embarcación sobre sus aguas, que son negras como su alma, como la sombra del color de la muerte; de donde salen los oscuros vientos de las tormentas y donde, cuando llega la aurora rosada, armada de las innumerables flechas áuricas del sol, se refugia la noche sombría.

Por eso son negras las aguas de la laguna que lleva ese nombre.

Montiel.

Montiel Ballesteros, Fortaleza de Santa Teresa, 8 de set. de 1932.



LA LEYENDA DEL HIGUERÓN

Del fondo de la Laguna Negra salían los Dioses furiosos de los indios. El Dios del mal dijo: yo pondré el granito, duro y eterno, para cerrar el camino de los hombres, ¿hay algo más eterno y más duro que el granito?

El Dios del Bien dijo: venceré el granito con la vida.

Y depositó sobre la roca dura la semilla del árbol futuro. La semilla que era imperceptible y leve, como para ser arrastrada por el viento. . .

La semilla empezó a crecer, circuló por decenas de años. Rodeó la roca, y en una marcha lenta de cada minuto, de cada segundo, de cada día, partió la piedra, sujetó el granito, y venció, con un abrazo, la dureza eterna y la eterna hostilidad de la roca del Dios del mal.

Los hombres llamaron —en el correr de los siglos— a aquel árbol: El Higuérón.

Y el Dios del Bien concluida su obra, dijo al Universo: He ahí mi lección inmortal. Nada hay invencible para el empuje de la vida. Vivir es crecer, y darse, y vencer. La roca cede. La dureza se ablanda. Un átomo de vida perfora montañas de granito. Los que tenéis la vida, tenéis la única y eterna victoria, y la única y esclarecida inmortalidad. Venced. . .

En la Fortaleza de Santa Teresa.
Febrero de 1933.

Dardo Reguley.



SANTA TERESA

Santa Teresa: estás aún defendida de los estragos de la civilización. Te amparan las serranías azules, los grandes bañados inaccesibles y el dilatado y bravío mar. El hombre siente ante el tesoro de tu belleza una especie de estupor, un sobrecogimiento raro, una sensación grande y amarga, algo indefinido que hace estremecer y ahoga al mismo tiempo el espíritu. Es que la primera impresión está ciertamente por encima de todas nuestras limitaciones; y como venimos a verte saturados del aire opaco de la ciudad, nos encoqueces, nos oprimes y nos atuntes a la vez. Eres esquiva, huraña y salvaje como los escasos ciervos que se ocultan entre los espadones de tus bañados, y eres áspera como el salitre que viene del mar, y eres fuerte y maligna como los matorrales de espina de la cruz donde se adormecen tus mortíferas cruceras. Y porque eres esquiva, huraña, salvaje, áspera y fuerte, predispones mal y huyes a nuestras primeras contemplaciones fugitivas. Pero, poco a poco, la emoción del hombre te penetra; como en carne de mujer, descubre la gracia de tus colinas, el silencio húmedo de tus esteros, la quietud de tus lagunas, la desolante blancura de tus arenales, y ese mar, ese mar grave, majestuoso y bronco, cuyas espumas forman copos erizados en la orilla y en cuyo seno — de tanto que atraca este tu mar, — uno quisiera reposar para siempre entre las algas con olor a yodo.

Así, entregándote primero a duras penas, dominas después en absoluto, te apoderas del alma que vibra y languidece por tí y conviertes siempre en prisionero al mortal que, al pisar tu suelo, lo hizo con simple y ligero propósito de esparcimiento.

Estás tan defendida aún, Santa Teresa, de los estragos de la civilización, que el furor del hombre no ha llegado afortunadamente a perturbar todavía el canto de tus pájaros: bajo tu cielo no muy profundo vuelan con desaprensión las nutridas bandadas de águilas dorados y de cardenales azules; la calandria hace profundamente



el ramaje de los canchones; el águila cruza muy arriba el azul, batiendo pesadamente sus alas negras; silba la perdiz entre la dura gramilla; silba también el sabiá; canta su canto penetrante y salvaje, sobre los esteros, el aviado chajá de pico rojo; y alarga su cuello armonioso en el espacio la garza de alas rosadas. Frente a todos estos signos sonoros y ágiles de la naturaleza, la mano del hombre no obedece a la voluntad de volcar el arma destructora, sino que a la inversa se abre blandamente y saluda, mientras la pupila se dilata para seguir la curva del vuelo y el oído se agudiza para recoger los últimos trinos del ave que se aleja por encima de los muros del Fuerte.

Fuerte de Santa Teresa: tus piedras pardas, violáceas, ocreas o rojizas, según penetren la luz de las horas, son como cosa que vive, porque al contacto de la mano se siente, como en un pulso, la tibia savia que parece circular entre sus grietas antiguas; tus piedras, sobre las cuales, a lo largo de los amplios paredones, extiende su mirada, ejercita su voluntad y apercibe un espíritu para conservarte, defenderte, y hacerte eterno, tu protector, tu dueño y tu esclavo: Horacio Arredondo. Su esfuerzo, su ahínco, su persistencia tiene exactamente la silenciosa y fecunda obstinación con que el viejo higuierón silvestre circunda, aprieta y resquebraja, con sus retorcidos brazos formidables, la mole de piedra que brilla junto a su tronco, en las proximidades de la Laguna Negra, camino al "Potrerito".

Merced a Horacio Arredondo surgirá dentro de algunos lustros ese maravilloso parque del que apenas asoma ahora los débiles tallos de los pinos, las acacias, los robles y los eucaliptos, bajo cuya sombra ha de recordarse a este hombre singular cuyo espíritu vagará eternamente por entre los senderos.

Campos de Santa Teresa, serranías azules, bañados, lagunas, arenales, dilatado mar: frecuentándose reducimos nuestra vana importancia de hombres cultos y eliminamos los restos impuros de nuestras pasiones.

Miguel Víctor Martínez.

